Lunes 4 de Febrero 80

Plaza pública

▶ ¿Y qué hacer con el petróleo?

▶ Necesidades propias y ajenas

Miguel Angel Granados Chapa

Comencemos nuestro examen de la eventual decisión de aumentar la producción petrolera con una afirmación obvia: el petróleo o lo usamos nosotros o lo vendemos al exterior. Actualmente, como dicen los economistas, el mercado de crudo es un mercado de compradores, lo que quiere decir que hay más demanda que oferta y por lo tanto ese producto se ha convertido en medio eficaz de capitalización, teniendo en cuenta, además, que contamos con vastísimas y crecientes reservas probadas.

Nuestra posibilidad de emplear por nosotros mismos ese energético está limitada por nuestra capacidad industrial y de servicios instalada, y por la manera en que podamos acrecentarla en los próximos años. Para ello, el Plan Nacional de Desarrollo Industrial concibió una estrategia de crecimiento obviamente ligada al monto de la producción petrolera. Ese plan incluye, como consecuencia, una definición sobre la meta correspondiente, que es la aceptada hasta ahora, que llega a un máximo de dos millones y medio de barriles al día durante este año.

Parece evidente que nos ahogaríamos en el petróleo sobrante, que no seríamos capaces de transformarlo o de utilizarlo conforme a la actual situación o las previsiones al corto plazo. Producir más petróleo sólo tiene sentido, entonces, si hemos resuelto venderlo al exterior. Y entonces la cuestión consiste en averiguar si es en nuestro propio interés o en función de un interés ajeno como debemos resolver ese asunto.

Resulta claro que en apariencia beneficiaría a México incrementar sus exportaciones de petróleo. Mientras más recursos financieros tengamos más podemos comprar, tanto de medios de equipamiento como para consumo. Y si se tiene en cuenta que en este año hemos requerido importar siete millones de toneladas de granos para comer, es claro que una mayor liquidez contribuye a resolver nuestros problemas. Pero con esa decisión se causan al menos dos efectos adversos. De una parte, disminuiremos a pasos agigantados nuestra reserva, con los riesgos de desabastecimiento futuro que es fácil imaginar, y con el consiguiente perjuicio de cobrar menos hoy lo que podemos cobrar más caro mañana. Por otro lado, enfrentaremos el peligro de congestionar nuestra economía y aumentar la inflación, pues si abundan los medios de pago y no crece adecuadamente la oferta de bienes y servicios, los precios de éstos se disparan hasta las nubes.

En cuanto al interés ajeno, es claro que éste puede provenir de dos orígenes. Por un lado, están los países pequeños y pobres, que no tienen petróleo y que se ven en crecientes aprietos para obtenerlo, pues están pagando por él hasta la camisa. Costa Rica y Nicaragua, son ejemplos de esta situación. Pasado mañana estará aquí el primer ministro de Jamaica, Michael Manley. Viene con un reclamo angustioso, pues sus necesidades petroleras provocan un creciente deterioro en las finanzas de la isla caribeña. La solidaridad nos obliga, como ya lo ha sugerido el presidente López Portillo, a establecer modalidades, quizá crediticias y no de precios para no esquilmar, que beneficien a naciones como las citadas, y otras. Pero de todos modos, la escala de las economías de estos países no exigiría de nuestra parte un aumento sustancial de la producción petrolera.

Sí lo exige, en cambio, el otro polo de la cuestión. Somos un proveedor natural de gas y crudo a Estados Unidos. Este país, el más hambriento de esos recursos en el mundo entero, enfrenta nuevas y severas dificultades para proveerse de ellos. La suspensión de los suministros de Irán le ha afectado considerablemente. Ahora, Arabia Saudita, que es su principal vendedor, se propone reducir en un millón de barriles diarios su producción, que se acerca a los diez millones. Por otro lado, somos un proveedor generoso: a pesar de que acordamos en septiembre ajustar en enero el precio del gas que ya fluye hacia Estados Unidos, no sólo no lo revisamos, sino que estamos vendiéndolo por debajo del precio al que lo hace Canadá.

Es claro que al menos no debemos apresurarnos a quitar el tope a la producción petrolera de hoy.